



Foto Tomás

Miguel Espinosa, concierto de otoño para un escritor



VICTORINO POLO

LA vida natural científica, imaginativa y creadora de una Facultad de Letras, en el concierto intelectual universitario, se justifica en gran medida gracias a dos realidades: los escritores y las obras que ellos escribieron o todavía tienen por escribir. Desde este punto de vista, la Cátedra de Literatura Hispanoamericana que tengo el honor de personalizar ha venido organizando, a lo largo de los últimos quince años, una serie de *Ciclos* que hemos dado en llamar *Literatura Viva*, así denominados por tres causas evidentes. Porque la gran Literatura es vida en sí misma, proviene de la vida y a ella se dirige para su mejor conformación. Porque los textos literarios merecedores de tal nombre, al ser in-

temporales, se revelan como vida para la eternidad, para todos y cada uno de los momentos que la humanidad vive. Y porque, en la medida de lo posible, hemos procurado traer a nuestras aulas a todos aquellos escritores felizmente vivos entre nosotros.

El caso de **Miguel Espinosa** puede ser revelador, modélico y estimulante, a poco que se reflexione. Escritor de gran alcance, autor de obras magníficas y muy diferentes entre sí, como *Escuela de Mandarines*, *Asklepios* o *La fea burguesía*, tuvo su pleito personal y misterioso con la universidad real —en la que pudo ser profesor extraordinario y a lo que aspiró con el vigor de la juventud, frustrado su intento por causas y personas que algún día revelaremos— y ha sido precisa-

mente la universidad de sus desdichas juveniles la que le ha proporcionado la mejor oportunidad posible para su definitiva consagración y lanzamiento. En esto no hay que andarse con remilgos ni subterfugios: pese a todos los filisteos militantes —tanto intra como extrauniversitarios— el escritor que no pasa por la universidad no cierra el ciclo de su creadora presencia en esta tierra, entre los hombres para los que escribe.

Miguel Espinosa responde, plenamente, a todas las virtualidades. En vida, visitó por tres veces la Facultad de Letras, con placer personal y evidentes frutos de coloquiantes y lectores. Era la época en que preparaba la edición de *La tríbada falsaria*. A mi personal invitación, vino al Hemiciclo de la Facultad para ofrecer un coloquio inteligente y fecundo. La segunda ocasión fue buena para leer una primicia de la citada *Tríbada*, que aparecería en librerías un mes después. Y la tercera discurrió con la naturalidad de lo habitual, consabido y amistoso. Espinosa y la Universidad de Murcia habían llegado a lo que nunca debió ser una carencia: el entendimiento mutuo, complementario y gratificante. La normalidad había sido, pues, recuperada.

Pasaron los años. El escritor, inopinada y patéticamente, murió de causas extrañas y maldecidas y todo quedó un poco huérfano de su socrática y callejera presencia. Vinieron otras gentes, distintas circunstancias, acontecimientos diferentes y todo hacia los círculos caminaba, como en el poeta oriental. Llegaron otros, como decía **Pablo Neruda** el caudaloso, ignoro si para bien. Y los que permanecíamos de tanto tiempo atrás, comenzamos a vislumbrar horizontes, a sopesar realidades, a considerar, una vez bien asentados nuestros Ciclos de Literatura Viva, que las aulas universitarias esperaban los "textos vivos" del escritor nacido en Caravaca. Pensado y hecho, casi a la vez. Un excelente equipo de treinta personas, que trabaja con la precisión de un reloj suizo, diseñó el arquertipo: ¿Seminario? ¿Symposium? ¿Congreso? Congreso, pues, y en definitiva. Un año de trabajo riguroso y milimetrado,

una generosa amistad por parte de todos, unos profesores, unos críticos, unos escritores conspicuos. Y la tercera semana del mes de noviembre de mil novecientos noventa y uno se quedó corta para tanta voz y tanta palabra tan bien temperada y dispuesta. Allí estuvieron todos los que lo desearon y algo importante tenían que decir de la vida y de la obra de Miguel, el Eremita de los milenios.

Interesó que las raíces del *Encuentro* fueran lo más amplias y profundas posible. La Universidad tenía que ser uno de los dos ejes centrales de los acontecimientos. Por ello, acudimos al Rector, profesor **Juan Roca Guillamón**, cabeza visible y representación absoluta de la Universidad. Por ello también acudimos al Presidente de la Comunidad Autónoma, profesor **Carlos Collado Mena**. Ambos lo acogieron complacidos y se convirtieron en patrocinadores del evento. La Región y la Universidad han hecho posible este *Congreso*, desde Murcia para la historia: de justicia es reconocerlo.

A partir de ahí, el camino fue casi de rosas y discurrió como en la teoría machadiana, haciéndose al andar. A no dudarlo, el primer círculo de atención y reserva lo constituía la familia del escritor. Era el primer reto y la clave para el futuro porque su hijo y albacea máximo, **Juan Espinosa**, había declinado sistemática y tenazmente participar en nada público que a su padre afectara. Tuvimos varias largas, amistosas y fructíferas conversaciones y, con inmodestia, creo que fui ocasión para que Juan decidiera la necesidad, oportuna y madura, de su difícil salto: hablar de su padre con inteligencia, conocimiento y profundidad. Así lo hizo y en qué medida.

A la memoria me viene la narración hipóstatica de **Borges** el demiurgo, *Las ruinas circulares*, no por lo de *ruinas*, sino por lo *circular* ontológico y casi metafísico. El segundo círculo, en efecto, estaba lleno de los amigos más cercanos al escritor, uno entre todos y tres o cuatro a lo sumo. Ahora las conversaciones fueron a trío, incorporado **José López Martí**, el insustituible. Tampoco hubo problemas, sino todo lo contrario.

El círculo crecía de radio y la invitación fue católica. Pensamos en cualesquiera que pudieran tener algo que decir interesante sobre el particular: escritores, profesores, críticos y apasionados lectores. Me gusta decir que la convocatoria fue *urbi et orbi*, para corroborar la idea de internacionalidad que nos animaba, con lo que el círculo quedaba cerrado y la geometría-geografía alcanzaba sus confines naturales.

Es verdad que esperábamos una respuesta a tenor de las circunstancias: veinte o treinta estudiosos expertos, capaces de acotar la obra como convenía. Y no es menos cierto que las solicitudes desbordaron las expectativas, el ala excedió el vuelo, al revés que en el poeta renacentista. Más de cien propuestas llegaron a mi mesa de despacho en pocas semanas, lo que provocó un desagradable incidente compensador: hubo que realizar una selección y el programa ha recogido sesenta ponentes y conferenciantes de la mejor calidad. El resto también tendrá su oportunidad, a la hora de publicar las actas del *Congreso*. Todos verán su texto en letra impresa, aunque sólo una parte haya participado de la palabra oral. Con ello cumplimos el adagio latino *verba volant, scripta manent*. Y si es notorio que el mejor homenaje tributable a un escritor es leerlo, el tal homenaje queda ampliamente realizado con lo ya hecho; pero se perfecciona con las páginas escritas que permanecerán como hito notable a partir de ahora. Alguien durante las sesiones congresuales pudo decir que habrá que hablar de un antes y un después a propósito de *Congreso y Escritor*. Ahora nos parecen premonitorias y cumplidas tales palabras de aserto.

Los trabajos y los días condujeron a la mañana del 18 de noviembre. A las doce en punto comenzaban las exposiciones, inaugurales y técnicas, con la presencia del Presidente de la Región, del Rector de la Universidad, del Consejero de Cultura, del Alcalde de la ciudad y del Decano de la Facultad de Letras, todos frente a los congresistas que abarrotaban el Paraninfo. Hubo palabras de bienvenida, de salutación, de con-

gratulación y de esperanza. Pero también las hubo de conocimiento, de manera que no sólo se trató de protocolo, sino de algo más. Por su significado, importa destacar la intervención del Rector, medida, correcta y actualizadora, con el mundo universitario como fondo y el escritor como foco esencial de iluminación y referencia. Y, de manera especial, hay que aludir al discurso del Prof. Carlos Collado Mena, que armonizó la generosa bienvenida de anfitrión con un ajustado y brillante texto crítico acerca de la obra de Miguel Espinosa, en modo alguno desvinculado de los ponentes que a continuación vendrían. Demostró que había leído, con devoción y tino, la obra del autor de *Escuela de mandarines* y había obtenido sus propias consecuencias intelectuales y sensibles. Un dato de reconocimiento, por lo infrecuente y por lo certero.

La conferencia inaugural corrió a cargo del profesor **José María Martínez Cachero**, catedrático en la Universidad de Oviedo, que versó sobre los fundamentos narrativos de *La fea burguesía*, traído todo del episodio burgalés del *Cantar del Cid*, cuando los *burgeses e burgesas* se asoman a las ventanas para contemplar los acontecimientos. Como cabía esperar, fue un puntualísimo discurso académico, denso, profundo, ameno de lectura y bien asentado en las fuentes necesarias.

A la tarde, inauguramos la magnífica *Exposición-homenaje* de los pintores de la ciudad al ciudadano escritor. Y hubo la conferencia contrastante y llena de brillantez de alguien que no corresponde al estricte mundo de las letras, el profesor **Carlos Castilla del Pino**, que impartió doctrina sobre *Multinomía de las Tribadas*, con evidente demostración de lo protético del mundo espinosiano, que tales expectativas e intereses despierta. Brillante coloquio al final de la jornada y animadísimas charlas post-aula, indicadores de la viveza, la inquietud y el fervoroso ambiente.

El resto no fue, precisamente, *verdura de las eras*. El resto no fue *silencio*, como en la tragedia shakespeariana. Y si como decía el

autor de *Hamlet*, los humanos estamos hechos de la misma *materia de los sueños*, no caben muchas dudas acerca de que aquello era un sueño que crecía multiplicado al infinito y, como en *La ruínas circulares* de Borges, el demiurgo Miguel Espinosa rendía cada mañana, cada tarde y cada noche su sueño perfeccionador de discípulos inteligentes, cultos y creativos, omnipresentes: la ideal realización del socrático logos germinal y actuante.

Los *Paneles de Ponencias* fueron dedicados, en días sucesivos, a *Espinosa y el periodismo*, *Biografía de Miguel Espinosa*, *Tríbadas*, *La fea burguesía*, *Asklepios* y *Escuelas de Mandarines*, abarcadores exhaustivos de la posible realidad espinosiana. Ante la imposibilidad de reseñar todas las intervenciones —de sorprendente altura y rigor, sin excepción— limitaré mi acotación a los conferenciantes. **José Luis Castillo Puche** habló de *Parodia verbal en la obra de Espinosa*. El crítico **Juan Ignacio Ferreras** lo hizo acerca de *Miguel Espinosa y su concepto de la novela*, mientras que **Agnes Moncy**, catedrática en la Universidad de Philadelphia, realizó una auténtica reviviscencia histórico-literaria sobre postulados medievales, hablando *Del ejemplo a la novela comentario: "Tríbadas"*. Por su parte, **Gonzalo Santonja** problematizó *La inactual hora clásica de Miguel Espinosa*, para dar paso al riguroso y comprometido texto de **Santos Sanz Villanueva** sobre *Espinosa y el arte de la denuncia*. El director del Departamento de *Español de la Universidad de Orleans*, profesor **Jean-Marie Ginestà**, ofreció una muy interesante conferencia sobre *La fea burguesía vista desde Francia*. Al cabo, la intervención de clausura correspondió al profesor **Alfredo Montoya Melgar**, catedrático de Derecho en la Univesidad Complutense de Madrid, escritor y gran amigo de Espinosa, que nos ofreció un incisivo, documentado, sugerente texto acerca de *Actuales, relevantes y pensarosos* sobre *La fea burguesía*, con textura literaria que corresponde a su conocida y *bien cortada péñola*, en términos cervantinos.

Como actividades paralelas al *Congreso* hubo música, pintura, teatro y cine. De la primera escuchamos dos preciosas muestras. A la inauguración, un concierto impecable del *Quinteto de Metales del Conservatorio de Murcia*, bajo la dirección de Miguel Torres Castellano. Y en la clausura, un exquisito *Recital* de la *Coral Universitaria de Murcia*, que puso un delicado colofón al *Encuentro* bajo la dirección de Enrique González Semitiel. La *Sala Chys* montó una preciosa exposición iconográfica con materiales cedidos por la familia del escritor, en armonía con los cuadros de varios pintores murcianos —**Manuel Barnuevo**, **Antonio Martínez Mengual**, **Francisco García Silva**, **Vicente Ruiz** y **José María Falgas**— inspirados en textos de Miguel Espinosa. De la muestra queda un hermoso catálogo: todo pudo montarse gracias a la generosidad y buen hacer de Manuel Fernández-Delgado, director del *Museo Ramón Gaya* de Murcia. En teatro se montó *Tríbadas*, por el grupo *Experiencias, avestruces y teatro*, bajo la dirección de José Antonio Sánchez Martínez. Finalmente, la tarde de clausura se proyectó el vídeo *Miguel Espinosa* dirigido por Primitivo Pérez con guión de José Antonio Postigo y José Luis Martínez Valero.

El capítulo de agradecimientos es, por naturaleza y realidad, amplísimo: personas e instituciones que han colaborado, desinteresada y eficazmente, a los brillantes resultados del *Encuentro*. Su enumeración sería inacabable, razón por la cual opto por destacar tan sólo tres, a manera de símbolo representativo y canónico. A la familia Espinosa, en su conjunto y en cada uno de sus componentes, sin cuya participación activa y entusiasta hubiera sido imposible la organización del *Congreso*. Al eximio y prestigioso pintor **Ramón Gaya**, por la realización generosa del extraordinario *Cartel*, tan acorde con la personalidad del autor de *Escuela de Mandarines*. Y a los medios de comunicación, que se volcaron con el evento y han ofrecido una imagen amplia, cualificada y encomiable, desde las emisoras que retransmitieron las sesiones, hasta los periódicos

que dedicaron monográficos y siguieron día a día los aconteceres con impecable profesionalidad.

Adrede reservo para el final de la reseña lo que constituyó el cénit del *Congreso*, el punto culminante de su grandeza y la mejor garantía de éxito. Me refiero a la participación directa de **Juan Espinosa**, pensador y maestro de filosofía, hijo del escritor y su albacea máximo a todos los efectos.

Sucedió el miércoles, de atardecida, cuando el *Congreso* mediaba su desarrollo, Habíamos convenido una conferencia de sesenta minutos. Para no cansar al auditorio, decía el protagonista. El texto llevaría un título breve y sincopado, cargado de premoniciones posibles, *Miguel Espinosa, mi padre*. A la hora en punto, el Paraninfo rebosaba, con gentes de pie por pasillos, paredes y cancelas. Tras la breve presentación obligada, comenzó la charla en tonos mesurados, cuyo *crescendo* imperceptible gradualmente alcanzaba los trémolos exigidos por la situación. Y discurría el tiempo y el silencio adensaba su materialización. Y brotaban las ideas. Y el hontanar del sentimiento abría sus compuertas. Y la belleza de la expresión se unía con la belleza de la memoria y el

recuerdo. Y transcurrieron dos horas largas de monólogo dialogal ensimismado y compartido. Y nadie se movió. Y a todos pareció corto el espacio, escaso el tiempo, inacabables la revelación y la palabra. Tras el cerrado aplauso, la convicción quedó gratificada. Habíamos asistido a la más profunda catarsis intelectual, sensible y estética. Un psicodocumento, de verdad, para la historia, justificador por sí mismo, como dijo algún agudo avizorador, de cualquier congreso. Así sucedió y así me cumple testificarlo con placer.

El *Congreso*, con lo dicho, puso punto final a su cordial trabajo. Ahora queda la gavilla de textos preparada para la imprenta, que hará crecer un libro importante por lo escrito, dicho y apuntado. Y queda, claro está, lo más definitorio: el discurrir de la obra espinosiana, a cuyo mejor conocimiento y más amplia difusión ha de contribuir, sin duda, este memorable encuentro. Porque cada vez se revela más cierta la idea que me gusta repetir como imparcial observador: éste dedicado a la figura de Asklepios, el otro griego mandarín, ha sido el congreso de la concordia, la justeza intelectual, la estética y la libertad.



Ramón Gaya

Cartel Simposio Miguel Espinosa. 1991